

Un poeta y un cronista

Por Cecilia Ansaldo Briones

Prólogo para la segunda edición de *El alma en los labios*, editada por el M. I. Municipio de Guayaquil, 2008

El título de esta novela —*El alma en los labios*— es una auténtica carta de presentación. No hay ecuatoriano que ignore el nombre de ese pasillo señero de una visión atormentada del amor, del amor que cifra en su vivencia el sentido de la vida. Detrás de ese membrete emergen un poema y una figura que es un símbolo, la del poeta por excelencia, la del vate marcado por el dolor y el infortunio, el guayaquileño Medardo Ángel Silva.

En el proyecto de escritura de Raúl Vallejo Corral (Manta 1959), Silva y su vida trágica estuvieron tempranamente presentes. En 1978, con la colección de cuentos *Toda temblor, toda ilusión*, inspirada en la muchacha que estuvo ligada a la autoeliminación del poeta, ganó el Premio Único José de la Cuadra, pero jamás la publicó. Una profunda exigencia crítica con su propia obra guardó los materiales para otro momento. Veinticinco años después aparece la novela que da cuenta de cuán arraigados quedaron hechos y personajes en la imaginación de Vallejo.

La primera decisión

Raúl Vallejo en esta oportunidad creativa ha tomado una decisión de riesgo. Dedicarse a escribir una novela sobre cuya historia nuclear se sabe todo (o casi todo), es renunciar al lector que busca libros que le cuenten historias novedosas. Aunque sepamos que la corta y trágica vida de nuestro bardo del Guayas se presta para la ficción, cada ciudadano que se ha educado en el Ecuador se asomó a ese conocimiento en sus años de colegial. Y el desafío de darle al lector la buscada novedad es coronado de otra manera, de la forma literaria por excelencia que consiste en cristalizar un entramado singular, una forma de contar hechos conocidos, a base de rasgos constructores innovadores. *El alma en los labios*, como en el caso de los espectadores griegos que iban año a año a descubrir qué habían hecho los dramaturgos con sus eternas leyendas, se organiza en un original entramado en el que se ha previsto todo en el gran plano de su arquitectura.

El desdoblamiento de la voz y de la figura

Raúl Vallejo emprende la transformación de su material narrativo y da los siguientes pasos:

Comienza la narración por un hecho relevante que pone al lector en contacto con tres rasgos de constante presencia en la obra: con el lenguaje modernista, con el desdoblamiento de la mirada entre la de Jean d'Agreve, seudónimo con que el poeta firmara sus crónicas y la del poeta, y la premonición de muerte. Ana

Pavlova danzando “La muerte del cisne” ante la mirada absorta de Medardo, deja en aire la amenaza del final trágico del personaje.

Separa a Medardo Ángel y Jean d’Agreve, el hecho le permite al autor manipular la materia prima elegida con extrema libertad y hasta libera la imagen del poeta de ciertas vivencias equívocas. El espíritu etéreo del cronista cruza por encima del tiempo, penetra en los ambientes prohibidos, consume opio y contempla el cadáver prematuro de “su” Poeta. En esa voz se resume testimonio, enjuiciamiento, comprensión, solidaridad. Hay mucho del autor en esa mirada, pero como ninguna voz es monolítica, también hay otros matices solamente posibles.

La perspectiva es amplia porque se presenta como “Yo, el cronista Jean d’Agreve... le sobrevivo en la memoria indeleble de la escritura, convertido en esta voz que habla desde la remembranza”¹ y al final del hecho suicida “soy un espíritu que, despojado súbitamente del cuerpo en el que moraba, ha quedado vagando con irresueltas dudas...”²

Otra acertada decisión constructora es la de plantear el nacimiento real de Medardo Ángel Silva, ese nacer para la vida, el 8 de junio de 1898, junto al del cronista —personaje y novela francesas, del escritor Eugene Melchior, Vizconde de Vogue, del mismo año 1898— y seguido por el nacer para la poesía, cuando a los 16 años de edad, el poeta consiguió la publicación de su primer poema en la revista literaria *Juan Montalvo*

A cualquier lector de los poemas de Medardo le resaltarán como gemas los versos, escritos en cursivas, que apuntalan el relato: Raúl Vallejo ha encontrado el enlace justo entre la primigenia voz del poeta y la suya propia para el engarzamiento de situaciones, precisiones emocionales, hasta hechos concretos. Esta elección me parece otra de las decisiones acertadas de la novela.

La muy trabajada estructura de esta novela nos permite continuar haciendo observaciones y encontrándole méritos: el paréntesis a la acción que suponen las páginas de conversación celebradora del fin de la I Guerra Mundial, entre los cuatro amigos-poetas —que se desarrolla bajo el subtítulo “Que aviven sus alientos las moribundas lámparas” línea del poema *Cabalgata heroica*— me parece otra buena idea, aunque su estilo sea a ratos demasiado discursivo. Poner a desarrollar ideas filosóficas, políticas y poéticas a cuatro figuras de nuestra historia literaria (José Aurelio Falconí Villagómez, Manuel Eduardo Castillo, Miguel Ángel Granado y Guarnizo y el mismo Medardo) y mantener el vigor del diálogo constituye un esfuerzo abrumador. Para el crecimiento del personaje es un momento clave: venía ya de quemar parte de la fracasada, por no vendida, edición de *El árbol del bien y del mal* y se preparaba para una nueva etapa poética. Vallejo lo hace proclamar que “el modernismo ha muerto” y al mismo tiempo reconocer que “quedan del modernismo...el amor a la libre expresión artística y la emancipación de las gastadas reglas”³, creyente nuestro autor en el talento del Poeta, rescata su comprensión hacia un futuro en el que “lo nuevo es la novedad del futuro de formas cúbicas en cubos de sueños...”. Muchos

¹ Raúl Vallejo, *El alma en los labios*, Editorial Planeta del Ecuador, Quito, 2003, p. 33

² *Opus cit*, p 218

³ O.C., p. 109

creemos que el suicidio de Silva interrumpió lo que sería un inmediato viraje hacia otras rutas de la creación. ¿Rutas vanguardistas como dejan entrever esos “cubos de sueños”? Tal vez.

Las dos *estancias* en que se divide el libro —nombre tan caro a Medardo Angel— tienen una bisagra que se llama “Interludio del poeta y su amada” (y que constituye una pausa de tono íntimo que trae a la memoria la misma intención en una novela tan hermosa como es *Las cruces sobre el agua* de Joaquín Gallegos Lara, donde su “Intermedio de amor y recuerdos infantiles” pone una nota lírica y de definiciones existenciales). En este trozo de conexiones también hay una luminosa concepción: mientras el Poeta pasa a limpio el poema “El alma en los labios”, dos perspectivas narradoras reconstruyen todos los matices de la relación de los enamorados Medardo Ángel Silva y Rosa Amada Villegas: demandas incomprendidas de parte de él, infantiles reparos y frialdades juguetonas, de ella. La pasión del poeta por la muchacha sorprende en ese cruce de signos entre el hombre hecho y trágico y la núbil chiquilla prematuramente abocada al amor.

Guayaquil de entonces

Una visible fortaleza de la novela es la recreación de una Guayaquil de años idealizados en la imaginación general por el peso de las tradiciones pasivas, repetidas infinitamente por la prensa en las fechas de aniversario o exaltadas en los discursos de ocasión. En estas páginas Guayaquil tiene los colores múltiples de una paleta completa: así como florece en estallido de sensaciones, resalta el brillo del sol y se padece el efecto inclemente del calor; también se percibe el verdor del parque Seminario, el penumbroso ambiente de las lámparas de gas mientras aflora el olor del cacao tendido en el Malecón y la humedad reblandece las pieles. Sin embargo, la pintura de la ciudad en esta novela prefiere los tonos sombríos de las callejuelas de la Quinta Pareja, el aire de “la urbe que duerme y que trasnocha”, como sostuviera Medardo en vida, bajo la firma de su seudónimo. Se rompe la idealización al calor de esta pintura que tratando de mirar la ciudad desde los ojos cubiertos por los quevedos de Silva, permiten el espectáculo de su estrechez provinciana, de sus prejuicios burgueses, de su pacatería reductora.

A más del escenario idóneo a cada momento de la ficción, el tiempo es captado en huellas muy específicas, esas que solo pueden brotar de la clase de textos interesados en recrear ambientes para que sean naturales espacios de la vida: los caballeros utilizan un tónico de la casa Edgard Harlene contra la calvicie, los vestidos que se confeccionan de tafetán se venden a cuarenta y un sures; el trasfondo político – económico se revela en leyes como la que, emitida en 7 de octubre de 1914, decidió que los billetes circulantes fabricados por los bancos nacionales no puedan convertirse a su equivalente en oro. Tiempo en que se lucha contra la bubónica y la fiebre amarilla porque el puerto está considerado infecto y peligroso.

Feminidades

En la historia real de Medardo Ángel Silva los vínculos del poeta con lo femenino aparecen en vida y obra. Raúl Vallejo no podía desperdiciar esa vertiente de trabajo literario: la emprende con agudeza en la parte titulada “Mujer dame a probar tus dulces maleficios” del verso que brota de la Estancia IV. En tan significativa la concentración semiótica de este pasaje que empecemos por recordar la estrofa completa:

*Se abren tus dos pupilas como dos precipicios
por los que ruedan almas al sueño y a la nada.
Mujer, dame a probar tus dulces maleficios
Húndeme el luminoso puñal de tu mirada*

En ellas *late* —palabra clave de Medardo Ángel Silva y del trabajo reconstructivo de Raúl Vallejo— la atribución de un poder a las mujeres, poder que se difumina en los ámbitos del misterio y de la muerte, pero que se desea conocer, del que el poeta se reconoce víctima voluntaria.

Pórtico adecuado, por tanto, para el desarrollo de cuatro voces femeninas que flanquearon al Poeta, la de Rosa Amada, en primera persona, balance sereno ya en la vejez de las consecuencias, no siempre positivas, de haber sido la elegida, la musa suprema, la Amada, con mayúscula siempre. La segunda, de la madre, doña Mariana Rodas viuda de Silva, esa en tercera persona, visión propia del narrador que comprende más que el personaje los hilos de la compleja trama en la que se sofocó el hijo queridísimo. Luego viene la presencia de Gardenia Guerra, la prostituta —ella sí responsable absoluta del narrador Vallejo— en profundo diálogo con Jean d’Agreve sobre las circunstancias que los unieron a costa de la espontánea sabiduría de los cuerpos y de extraños nexos que serán materia de un “tratado de amor triste” en el cual Gardenia no será solo “huella de amor eterno”. Juegos de fidelidad de Raúl Vallejo a sus propias obras (ambos son los nombres de su libro de cuentos, anterior a éste). Por último, una voz judicial, un **tú** de revisiones y balances, se dirige al cuarto símbolo femenino de esta obra, al total, al envolvente: con el epígrafe de “Esposa Inevitable, dulce Hermana Tornera” tomado de otra Estancia de Silva, se levanta un poético apóstrofe a la muerte.

Inventando la muerte

¿Cómo narrar la muerte del poeta Medardo Ángel Silva? Me gusta imaginar los desvelos de nuestro herido bardo, pero también los de Raúl Vallejo tomando constantemente decisiones fundamentales respecto de esta novela. ¿Desde qué perspectiva, con qué lenguaje intentar correr el velo de la escena más misteriosa que tiene que ver con la literatura ecuatoriana? Pues en el talante que domina buena parte del relato que es el periodístico: desde un estilo directo, investigador, pero con las limitaciones de lo que fue un “enigmático hecho”, “un “insondable acaecimiento”, un “inconcebible episodio”, un “incomprensible acontecimiento”, un “inexplicable suceso”, es decir, como la crónica que Jean d’Agreve pudo haber escrito. Y, páginas

más adelante, el mismo cronista se plantea algunas variantes del momento del suicidio a costa de las “irresueltas dudas” que siempre tendrá sobre él. Y como en esas películas de elocuente perspectivismo, asistimos a las diferentes posibilidades del hecho sangriento, imaginado por sus amigos. A ese conjunto de imaginarios nos sumamos los lectores.

El epílogo ubicado en 1978 intencionalmente situado en una escena posible, en ese posible aristotélico simplemente porque *la poesía es más filosófica que la historia*, asistimos a un acto de literatura dentro de la literatura pero también a un arrebato de emoción evocadora de Raúl Vallejo a los compañeros escritores, a cuyo lado empezó a crecer él mismo, así como un homenaje múltiple a personas que han encontrado la síntesis de significaciones humanas y sociales en torno de figuras como Medardo Ángel Silva y Julio Jaramillo. Evocación y homenaje a personas de carne y hueso que contribuyeron de alguna forma a la larga y lenta gestación de esta novela, como lo reconoce el autor en su final “Noticia sobre las fuentes”

La mayor ambición de la novela es la recreación de lenguajes diferentes. Cuando en el primer capítulo el poeta admira la danza de Ana Pavlova la narrativa se catapultó en elecciones modernistas, apoyado en las imágenes y en los mismos versos que emergen de esa corriente. Más adelante habrá lenguaje periodístico, judicial, intimista, evocador.

Leyendo *El alma en los labios*, el bardo del Guayas se yergue con otra clase de vida, la que completa el dato de la historia, la que lo hace un ser eternamente vivo.